

## Historia, Educadores e Identidad Nacional

Rengifo Diana <sup>1</sup>

La globalización, impuesta desde los complejos industriales transnacionales de los países desarrollados, ha cubierto indistintamente todos los aspectos vitales de la humanidad, siendo uno de los más vulnerables el que refiere a las identidades nacionales y locales de los países sin arraigo histórico o cuya historicidad se tergiversa o desvía por razones de índole política.

Como es necesario definir los términos en que nos expresamos, diremos que cuando hablamos de *identidad*, nos referimos a aquellos aspectos trascendentes que definen los patrones culturales de cada sociedad y las diferencian respecto a sus pares, expresándose a través de los sentimientos de pertenencia al grupo familiar donde nacimos y nos hemos educado y al ámbito local, regional y nacional donde éste se ha desenvuelto. Se vinculan de este modo los patrones identitarios del individuo con *la localidad, la región y la nación*.

La nación, a efectos sociopolíticos y siguiendo lo dicho por otros autores, puede definirse a su vez como el grupo humano asentado en un espacio geográfico específico, con rasgos comunes en los aspectos lingüísticos y de representaciones mentales, valores, gestualidad y asunción de actitudes propias frente a determinados retos. Conserva pautas comunes de producción y crecimiento económico y alimenta y atesora *un suceso histórico compartido y asumido por todos*; es decir que cuenta con un arraigo histórico sobre el cual elabora y suele mantener en el tiempo, una estructura política voluntariamente aceptada.

---

<sup>1</sup> Doctora en Historia de América, Universidad Complutense de Madrid. Profesora Titular de la Universidad de Los Andes, NURR-Trujillo-Venezuela. Dpto Ciencias Sociales/CRIHES-NURR

Todo ello conforma, respecto al individuo, un conjunto de representaciones singulares y características que lo identificarían en relación a *los otros*, y ello deriva hacia la formación de una **conciencia histórica y de identidad nacional**, en la medida en que las distintas generaciones de connacionales de un país, aceptan y se reconocen en las acciones individuales y colectivas que han tejido en el tiempo la urdimbre de la historia nacional. Por consiguiente la **conciencia nacional** es un producto histórico. Luego, haber logrado construir una conciencia nacional es lo que da a una nación, calidad de *pueblo histórico*.

### **El papel de la Historia como asignatura política.**

Desde la perspectiva de lo anteriormente dicho, un pueblo puede definirse como nación, cuando está en capacidad de reconocer sus tradiciones, sus costumbres y el rol que en la historia universal ha desempeñado como colectividad; esto significa que ha logrado definir sus patrones culturales, es decir, *su identidad* respecto a otros pueblos, con lo cual ha hecho posible alcanzar la toma de conciencia de sí mismo, y está en capacidad de definirse como nación porque ha configurado su *conciencia histórica*.

Es por ello que adquiere clara importancia en el proceso educativo básico de nuestros pueblos, la incorporación de aspectos fundamentales de su vida colectiva mediante la enseñanza-aprendizaje de su historia. Y esto se hace más necesario aún para los lugares que por razones económicas o políticas tienen un alto porcentaje de población migrante.

Por otra parte, existen asuntos en las Historias nacionales que constituyen los puntos neurálgicos donde se ubican las identidades locales y regionales que sirven para reafirmar el sentimiento de Patria Grande, sin que se pierda el arraigo telúrico inicial. El contacto básico con lo local es justamente el factor de arraigo que fortalece el sentido de lo nacional.

En las últimas décadas del pasado siglo XX, el historiador cubano Manuel Moreno Fraginals (1983) definía el uso de la historia como la de un arma. Un arma que tradicionalmente ha estado al servicio de las élites del poder gubernativo en las naciones, que la tergiversan o mutilan según sus intereses, pero un proceso

educativo equilibrado, en la medida en que los Maestros asuman su valoración como líderes comunitarios, formadores y transformadores de conciencias puede convertirse en un arma en las manos de los pueblos históricos. Es un planteamiento que no ha perdido vigencia sobre todo para los países de la América Latina en los que la enseñanza de la historia ha constituido siempre, pero con mayor énfasis en los últimos treinta años, un asunto político e indudablemente, un asunto de identidad social.

Ha sido habitual en nuestros países, intrínsecamente dependientes, que la enseñanza de la Historia se programe respondiendo sutilmente al componente ideológico que sirve de basamento al gobierno en ejercicio, o a la corriente política que sustente los regímenes continentales. Así, por los cuarenta, cuando en muchos de nuestros países latinoamericanos se iniciaba el camino no sólo de la democracia, sino prácticamente, de ingreso al siglo XX, comenzó una renovación educativa sobre la base del modelo de las Escuelas Experimentales y de las Repúblicas Escolares, suerte de ensayo preparatorio para las nacientes democracias. Era también la fase de la inmediata postguerra.

El florecimiento de la Organización de Estados Americanos (OEA) contribuyó igualmente al establecimiento de modelos que contribuyeron a dar visos de similitud a los sistemas educativos nacionales en lo referente al enfoque para la transmisión de las historias-patria. Exaltación de lo bélico y los héroes únicos durante la década de las 50; mirar las carencias del tercer mundo y la desaparición de “los malos” o sea de las dictaduras en los 60’, para iniciar el proceso disgregativo en situaciones puntuales (los hitos) en los 70’. Entonces se iniciaba la escalada tecnocrática de los especialistas, y la ciencia debía ser enseñada en trozos. Con ello también se contribuía a la internacionalización de una imagen disgregada de las sociedades iberoamericanas.

### **Usos dados a la Historia en la segunda mitad del siglo XX venezolano.**

En Venezuela, para esa misma década (primer gobierno Socialcristiano), desaparecieron las escuelas normales y técnicas, por lo que la enseñanza básica se hizo absolutamente discursiva, al estar en manos de personas no preparadas expresamente para tal fin: surgieron en esa época los “bachilleres-docentes”.

El aprendizaje básico perdió entonces, y por mucho tiempo su cualidad investigativa y en lo que refiere a la enseñanza de la historia, la ausencia de sensibilidad en los enseñantes para comprender la importancia de la asignatura en la conformación de la estructura ciudadana de los estudiantes a su cargo, dio pie a un distanciamiento cada vez mayor de estos últimos con la materia en cuestión, lo que implica un valor agregado a un problema al que se llegó con los pasos contados y cuya solución inmediata no se vislumbra.

Actualmente, en todos los ámbitos de la Ciencia y por supuesto de la Historia, se habla de “nuevos paradigmas”, tanto en lo que refiere a la investigación como para la enseñanza. Es el pico de la crisis que comenzó en la postguerra y que con el desmembramiento de la Unión Soviética y la caída del muro de Berlín llegó a un climax que ha compulsado el inicio de una búsqueda desesperada de nuevos enfoques, a partir del explosivo planteamiento de Francis Fukuyama en un artículo posteriormente desarrollado como ensayo, denominado “El Fin de la Historia”, siendo que lo que finalmente predicaba era la eliminación del bicéfalo debate ideológico mantenido hasta entonces, así como de los paradigmas científicos vigentes para la historia (positivismo, marxismo, Annales o Historia total) a lo largo del siglo XX, en una especie de sacrificio universal al nuevo enfoque de vida y ciencia: el que imponía el neoliberalismo. Los veloces cambios tecnológicos producidos durante el último tercio del siglo, sirvieron igualmente de detonante para la aparición de problemas nuevos, tanto éticos como metodológicos.

La Historia sigue pautas y establece fórmulas específicas para dar respuesta a las interrogantes que en su devenir, y sobre todo durante las crisis, se plantea el conglomerado humano. Evidentemente, la de los paradigmas es una crisis totalizadora.

El historiador suele ser el instrumento a través del cual se intenta dar réplica a esas interrogantes y suele valerse de modelos metodológicos que responden a sus propias inquietudes como militante de una escuela o de una ideología. Por lo tanto el historiador como la Historia, carecen de inocencia. Quizá en esta etapa que vivimos, sea el docente que enseña la historia, el elemento de equilibrio en la búsqueda de una verdad que rara vez será objetiva.

### **El Rol del Docente.**

La enseñanza de la historia ha constituido en los países desarrollados o del “primer mundo” un factor de enraizamiento sentimental tanto con el espacio geográfico como con el imaginario simbólico de las naciones. Por ello en los momentos de crisis bélicas o políticas se usa el factor histórico como elemento psicológico de afianzamiento de los valores y símbolos patrios.

Para los otros países, los dependientes, la enseñanza de la historia y los manuales escolares se han programado hábil y habitualmente como hemos dicho, de acuerdo al componente ideológico sustentatorio del régimen político que cada nación haya legitimado. Lo que también ha tenido que ver con el sistema político prevaleciente a nivel continental, en el caso de América Latina.

Desde esta nueva búsqueda de paradigmas, pareciera que el asunto político (vale decir ideológico) entra en una etapa de desfase. Pero es una idea discutible si entendemos como **paradigma** a un conjunto de elementos teóricos, metodológicos y normativos así como creencias y valores, compartidos por una comunidad científica, para la que el modelo que conforman todos aquellos elementos, se constituye en compromiso. El científico acoge un paradigma y trabaja, investiga y enseña, sobre la base de ese modelo.

El docente, en cualquiera de los niveles donde se desempeñe, asumirá también un modelo educativo que le permita actuar lo más cerca posible de lo que pudiera denominarse “la verdad histórica” a despecho inclusive del uso de manuales que no sólo responden a las concepciones ideológicas de los Estados, sino también a instituciones supra estatales como el Banco Mundial o el Fondo Monetaria Internacional. Más el docente de los países latinoamericanos, y valiera decir tal vez, del tercer mundo, generalmente no está preparado para el manejo de los contenidos programáticos *porque carece de la formación teórica, gnoseológica y filosófica adecuada para tal fin*, con lo cual los centros de preparación de educadores, Pedagógicos y Universidades, pasan a ser igualmente parte del problema.

A esto se aúna el manual escolar que es también un arma que puede ser utilizada positiva o negativamente según el volumen de información que maneje el educador acerca de los contenidos de la asignatura a dictar. Los manuales

suelen contener una carga ideologizada de información que obliga y hace imprescindible la excelente preparación intelectual del maestro. De otra manera no le será posible distinguir ni filtrar para sus alumnos, los contenidos “venenosos” de los textos escolares.

En Ciencias Sociales y sobre todo en asignaturas como Historia, Geografía o Formación Ciudadana es aún más delicada la responsabilidad, del docente por cuanto sienta las bases para la construcción de una identidad nacional entendida en este caso, como una estructura ideológica que sustenta el sentido de pertenencia a la región y a la nación sobre la base de símbolos y representaciones; sus acciones profesionales tienen, aunque no lo desee, derivaciones de connotación política, vinculadas con espacios fronterizos si trabaja en estas zonas, la economía, movimientos migratorios o desplazamientos de los núcleos sociales donde trabaje, y otros aspectos igualmente importantes.

### **Historia Nacional Vs. Historia Regional.**

Mientras que en la Europa federativa de la Unión Europea y particularmente en España, el concepto de nacionalismo está mal visto, porque de alguna manera invoca el resurgimiento político de los caudillismos regionales supuestamente superados, para América Latina se trata de recuperar *nacionalmente*, identidades diluidas en la marea roja de la globalización.

El nacionalismo que se preconiza desde latinoamérica pasa necesariamente por el re-conocimiento y rescate de las historias locales y regionales. Asumir que localidades y regiones conforman entes históricos, permite reconstruir adecuadamente la historia nacional y no en función del beneficio de ciertas élites.

Quienes trabajamos la historia nacional y regional, andamos a la caza de explicaciones que nos permitan luego el abordaje de la historia nacional con mejores elementos para su comprensión global. Más el estudio de la historia regional plantea de un modo más preciso los dos grandes problemas para acometer su estudio: tiempo y espacio. El tiempo de las regiones no siempre es coincidente con el de la nación, que generalmente se toma como el de la región de mayor empuje sociopolítico. Ya lo averiguó Braudel en su momento, justamente mientras

observaba el desenvolvimiento cotidiano y contrastante de distintas regiones en Brasil.

El espacio implica emprender el estudio de lo regional asumiéndolo como una unidad coherente desde todos los puntos de vista: económico, político, social y cultural, con el conocimiento pleno de su actualidad para poder buscar explicaciones en el ayer. Un espacio geográfico entendido y asumido como una totalidad, producto de múltiples relaciones sociales que se promueven en el ámbito de la cotidianidad.

Porque es en la esfera de la vida diaria donde se construyen y transforman sentimientos y pensamientos con los que se define la realidad individual y social tanto en lo íntimo como en lo público o político; donde se crea y hace propio un marco valorativo de referencia a través de acciones que nos conectan como individuos con la sociedad en la que nos desenvolvemos. Ese marco valorativo se construye a partir de lo que tenemos más cercano (la familia) en los actos de socialización cotidianos, socialización que se produce mediante un despacioso proceso de conocimientos concretos transmitidos de personas o grupos formados a las que se encuentran en formación, dando origen de este modo tanto a la construcción de la personalidad individual, como de la conciencia identitaria respecto al grupo familiar o social-local al que se está ligado. Lo cotidiano, a la larga genera costumbres y tradiciones, y las tradiciones suelen apuntalar la construcción de las identidades colectivas. (Como las procesiones de San Isidro en el páramo, o los velorios de angelitos) Es el mismo proceso en el que las colectividades se gestan históricamente.

Existe entonces un sentido de raíz primigenia, que tiene que ver con “la apropiación reflexiva de tradiciones de las que uno se considera miembro” (Habermas, 1998:101). Lo cual como hemos visto, se fomenta en el núcleo de la praxis de lo cotidiano, y lo cotidiano es “el lugar social” donde se equilibran trabajo y pensamiento, costumbres, valores, tradiciones, creencias, familia, conciencia histórica... Cuando por alguna razón en las sociedades se rompe este equilibrio, se generan crisis que pueden inclusive convertirse en revoluciones.

### **Identidad, Historia, Migrantes y pueblo.**

En la actualidad, los movimientos migratorios masivos provocados por guerras, desastres naturales, opresión política o económica han vulnerado la composición étnica de casi todos los países desarrollados y por consiguiente su solidez identitaria. Quienes se desplazan también absorben el impacto de la mudanza, que generalmente se refleja de manera más evidente en los niños. Como esponjas se empapan de los rasgos culturales del país que los acoge, sus costumbres y tradiciones que muchas veces chocan con los del país de origen y determinan que por un lapso importante de sus vidas permanezcan en un doloroso limbo cultural durante el cual no se reconocen ni en los rasgos del país que dejaron ni en los del que los recibe.

Si se suma a esto el desconocimiento del proceso histórico formativo de sus naciones de origen, se conforma un vacío cultural y espiritual que sienta las bases de un auténtico desarraigo o por el contrario, de expresiones de nacionalismo, fanático e irracional. Y como la historiografía que en términos generales se construye actualmente, no va dirigida al público grueso sino que es especializada y erudita, “en todas partes se ha vuelto mayor la distancia entre ciencias históricas y el proceso público de tradición cultural” (Habermas, 1998: 98)

Hoy día, el proceso de Globalización arropa todo y como manifestaba arriba, la tendencia científica es ir a la búsqueda de nuevos paradigmas para superar los establecidos durante el siglo XX por el Materialismo Histórico o por la Escuela de los Annales, que de algún modo, constituyeron los enfoques predominantes de nuestra disciplina.

Europa actualmente ha conformado desde el voluntariado de los distintos gobiernos y en atención a las respuestas de los pueblos a las consulta realizadas mediante referendos en las diversas naciones, un bloque unido, pero según manifiesta Humberto Eco (1999), “...en cincuenta años desaparecerán los Estados Nacionales y nacerá una Europa mestiza y no sólo desde el punto de vista de la piel sino de las culturas, y no hablo de conquistas, sino de mezclas. Será un proceso lento donde la escuela “europeizará” a los recién llegados...” miembros no sólo de todos los países actualmente europeos, sino también los desplazados de los países pobres de otros continentes.

Esta confrontación cultural, sin duda ha creado una crisis intelectual que de algún modo ha obligado a los historiadores europeos a una búsqueda desesperada de paradigmas nuevos para re-explicar la historia , pero en América Latina, no se han quemado aún esas etapas históricas cubiertas por los pueblos europeos, por ello la época que nos ha correspondido vivir y descifrar, reclama docentes no solamente informados y entrenados para impartir conocimientos sino docentes que participen responsablemente en la construcción de los procesos que nuestros pueblos padecen. Docentes que investiguen y creen nuevos conocimientos. Capaces de entender que aún sobre programas y modelos impuestos por el sistema, se pueden fundar caminos nuevos o recrear modelos aún vigentes para impartir un conocimiento crítico y productivo, un conocimiento de la historia nacional que permita al ciudadano de a pie, reconocer y apartar del camino cualquier indicador de tiranías o de populismo extremo que lo induzca a retroceder en la historia de su pueblo. Es el único modo de edificar para el futuro el sentido de identidad ciudadana nacional y continental crítica, que requiere el paisano común, ese que sostiene las bases de las naciones que queremos ser.

### **Referencias Bibliográficas**

Ajello, Nello (1999) **Un‘Europa arcobaleno; Entrevista a Humberto Eco, Selezione Reader‘s Digest**, maggio 1999, pp. 34-39.

Barros, Carlos (2001) **La historia que viene**, [www.historia-a-debate.com](http://www.historia-a-debate.com)

Blanco Valdés, Roberto (2005) **Nacionalidades Históricas y Regiones sin Historia**. Madrid, Alianza Editorial.

Botero Uribe, Dario (1993) **Manifiesto de Pensamiento Latinoamericano**, Cali (Col.) Universidad del Valle.

Burke, Meter (1999), **Revolución Historiográfica Francesa; la Escuela de Los Annales: 1929-1989**, Barcelona (Esp.), Gedisa.

Concuera de Mancera, Sonia (1997), **Voces y Silencios en la Historia**. México, Fondo de Cultura Económica.

Habermas, Jürgen (1998) **Identidades nacionales y postnacionales.** Madrid, Tecnos.

Romano, Ruggiero (1995) **Braudel y nosotros; Reflexiones sobre la Cultura Histórica de Nuestro Tiempo.** México, Fondo de Cultura Económica.